

Infancia. Entre educación y filosofía, Walter Omar Kohan, editorial Laertes.

Elena Teresa José*

El último libro de Walter Omar Kohan, titulado: *Infancia. Entre educación y filosofía*, es mucho más que eso. Es también: Educación. Entre infancia y filosofía; Filosofía. Entre infancia y educación; La infancia de una filosofía; La Filosofía de una Infancia; La infancia educando a la Filosofía. La filosofía educando a la infancia. La infancia de un enseñar y aprender; La infancia de un pensar, pero –por sobre todo- es un pensar diferente la Filosofía, la Infancia, la Educación, el pensamiento.

Lo hace en un lenguaje poético, pero claro. En un estilo bello, pero informativo, dejándonos tantas, tantísimas líneas de fuga que invitan a pensar diferente, a pensar la diferencia, pero aún más: a no quedarnos in-diferentes frente a la infancia, a la educación y a la filosofía.

Walter Kohan, fiel a lo que piensa, dice y hace, nunca da recetas, nunca indica o explica qué o cómo hay que hacer ni por dónde ir, sino que da señales, como él dice de Heráclito, impregnado de una lógica que no es la aristotélica de la no-contradicción, sino justamente de la lógica de *pensar lo impensable* ¡otra vez Heráclito!, a quien le dedica el estupendo capítulo titulado: “La infancia de un tiempo”.

Voy a tomar sólo algunos párrafos en los cuales mi lápiz ha dejado marcas en el papel del libro de Walter, como cuando dice:

¿cómo pensar con un filósofo? ¿Cómo pensar con otro? No se trata de presuponer una prioridad temporal, lógica u ontológica entre el pensar y el escribir, sino de radicalizar la relación: ¿cómo pensar con Heráclito? ¿Con sus categorías? ¿Con una lógica de la contradicción, del aforismo y del enigma? ¿Cómo pensar con Platón? Dialécticamente? ¿Dialógicamente? ¿Cómo pensar con Sócrates, entonces? ¿Abiertos a su forma, somos nosotros que pensamos con estos filósofos o es su pensamiento que nos piensa? Tal vez estas alternativas enfrentadas no retraten los movimientos y los matices del pensar. En todo caso, esta percepción no elimina el sentido de la pregunta. Por el contrario, lo profundiza.

Y en otra parte:

Los filósofos crean los conceptos a partir de los personajes conceptuales. Mejor, los personajes conceptuales los crean a través de los filósofos. Los conceptos son acontecimientos del pensar: ellos permiten crear nuevas constelaciones, nuevas configuraciones, nuevas ordenaciones de ideas.

En la nueva configuración, que constituye este libro, aparecen Heráclito, Sócrates, Platón, Lipman, Ranciere, Foucault, Agamben –entre otros. Con algunos él tiene un encuentro empático (como con Heráclito, Ranciere, Foucault, Deleuze); con otros, empático sólo en algunos aspectos (como con Sócrates) y con otros, el encuentro de las dos piedras friccionadas –para usar su propia metáfora- no produce destellos (Platón, Lipman).

* Profesora de la Carrera de Filosofía U.N.Sa.

Coincido plenamente, en la crítica que hace a la imagen de la Filosofía como policía del pensamiento, de la cual se padece tanto en nuestra Academia y que impide un pensar original y originario. Comparto también lo que él dice, que de lo que se trata no es de negar el papel de la historia de la filosofía en el propio quehacer filosófico, sino de cierta manera de relacionarnos con ella. Allí transcribe una cita de Deleuze que me parece vale la pena traerla nuevamente aquí

Pertenezco a una generación, a una de las últimas generaciones que han sido más o menos asesinadas por la historia de la filosofía. La historia de la filosofía ejerce, en el seno de la filosofía, una evidente función represiva, es el Edipo propiamente filosófico: “No osarás hablar en tu propio nombre hasta que no hayas leído esto y aquello, y esto sobre aquello, y aquello sobre esto”. De mi generación, algunos no consiguieron liberarse, otros sí: inventaron sus propios métodos y reglas nuevas, un tono diferente. (G. Deleuze, *Conversaciones*, 1996/1973, p. 13.)

Tengo una gran deuda que quiero hacer pública con motivo del comentario de este libro: de no haberse producido en mí un aprendizaje, un encuentro con Walter Kohan y sus escritos, estaría engrosando las filas de los/as que no consiguieron liberarse de hablar fuera de *la* lógica y *la* historia de la Filosofía, para hablar desde su propio lugar. No sé si conseguí liberarme del todo, pero presiento que estoy transitando por uno de esos caminos y ello -por supuesto- no es poca cosa.

Por último, voy a hacer alusión al bellissimo párrafo con que termina el capítulo 7:

Nadie está exento de aprender a pensar. Nadie puede declararse expert en el arte de pensar. Tal vez por eso, una bella imagen de un docente, sea la de aquel que piensa con otros sin que importe su edad, su etnia, su género, su cabeza, su biografía. Este docente ejercita el pensar y da que pensar a sus alumnos. Propicia encuentros que él mismo no puede anticipar, aunque prepare cada detalle de su clase con la meticulosidad de quien se prepara extensamente para improvisar y no con la superficialidad de quien improvisa por falta de preparación. Este docente deja que los otros construyan sus propias imágenes de pensamiento. Los deja postular sus problemas. Se deja postular sus problemas.

Parafraseando otra vez a Walter, me parece que a este nuevo libro, él lo ha preparado extensamente, detalladamente para improvisar y no con la superficialidad de quien improvisa por falta de preparación.

¿Qué tiene de improvisado? Espontaneidad, frescura, provocación, desafío, incitación. ¿Qué tiene de preparado? Conocimiento, solvencia, coherencia, originalidad y originalidad.

No sólo gratifica leerlo, sino que nos deja surcos abiertos que invitan a vivir la experiencia de seguir pensando renacientemente en cosas vitales y acuciantes para el pensamiento.